
El mundo según Tintín

Juan Manuel Bonet

Niño franco-español, Tintín me ha acompañado casi desde el principio. Gracias al hoy nonagenario Alain de Dieuleveult, el mejor de mis profesores del Liceo Francés, aprendí historia y geografía de la mano de su admirado Hergé. Por ese lado, más de medio siglo después, *El cetro de Ottokar*, gran introducción a Centroeuropa y los Balcanes, sigue siendo mi álbum favorito. El palacio del rey de opereta tiene un aire varsoviense (Wilanow), la fortaleza donde se guarda el cetro recuerda mucho el Wawel cracoviense, otros detalles nos llevan a Belgrado, Sofía, Praga y su Castillo (un clima de *anschluss* reina en todas sus páginas), Sarajevo, Lviv incluso...

No he conocido ningún sigilógrafo, pero la figura del que con su hermano gemelo es protagonista principalísimo de *El cetro de Ottokar*, me trae de siempre a la memoria a personajes tutelares de mi infancia: mi «abuelo español» Luis Vázquez de Parga, Manuel Gómez Moreno junto a sus sílex y a su *Maja desnuda*, Ramón Me-

néndez Pidal entre sus libros y sus ficheros en la calle que hoy lleva su nombre, el alemán Helmut Schlunk... Y el lituano Jurgis Baltrusaitis, al que no conocí, pero cuyos libros estaban en casa, y del que tanto oí hablar a mi padre, ¿no tenía un nombre tintinesco?

En 1984, desde Sarajevo, la segunda de las ciudades de la otra Europa que pisé, envié postal (supongo que de minaretes) a un amigo también tintinófilo: «Recuerdos desde Klow».

Cuando poco después mi vida dio un inesperado giro polaco, Syldavia se me hizo todavía más presente. Recuerdo un verano ya de la década siguiente en que, en nuestra casita del bosque, sólo teníamos a mano, de las aventuras de Tintín, *El cetro de Ottokar*. Con Pablo, nuestro segundo hijo, que se empeñaba en llamarlo «de Autocar», debí leerlo entonces quince veces, si no veinte. El gran bosque en el cual Tintín conoce a la Castafiore, se parece mucho al bosque al borde del cual está la casita en cuestión. Por mi parte, el «encantadoskaia» (traducción española del «avec plaisirkaia» del original francés) con que Tintín contesta a los campesinos que lo recogen tras ser tirado del avión, lo utilizo a menudo, de palabra y en mi correspondencia.

De la bandera de Syldavia me he acordado mucho durante nuestros casi cinco años de París, porque casi todos los días, yendo o viniendo del trabajo, me saludaba, en la fachada de un edificio de apartamentos de la avenue Marceau, otra bandera ondeando, la muy parecida de Albania, que tiene ahí su embajada.

Borduria (un nombre de país que es todo un hallazgo: el borde, la frontera, la marca...), en *El cetro de Ottokar* (preciosísimas sus páginas de montaña y frontera, precisamente), es el enemigo invisible. Esa Borduria lo tiene todo de la Alemania nazi. En *El asunto Tornasol*, es decir, dos décadas después, se ha convertido, si no en la propia URSS, de la que no tiene las dimensiones, sí en un país del pacto de Varsovia, con su policía política, sus espías, sus misiles...

En Bulgaria hemos visto, en su etapa final (hablo de 1985), estatuas y un culto a la personalidad (hija difunta del presidente incluida) parecidos a los que había en Borduria, regida con mano dura por el mariscal Plekszy-Gladz, nombre divertido donde los haya.

Tintinesca, por el lado del folleto turístico leído por el periodista belga en el avión de ida (con escalas que a cualquier viajero de la caída del Telón de Acero, inevitablemente le suenan), mi visita, en 1984, a la Galería Nacional de Belgrado: el primer libro impreso en serbio, el primer *biedermeier* serbio, el primer pintor serbio, el primer escultor... «¡Y quién es ese turco, en este cuadro?» Y la respuesta inmediata, más asustada que indignada, de Katia Ambrozic, mi anfitriona: «¡Qué dices! ¡Qué horror! Si es el héroe de la lucha contra el turco»...

En una ocasión, cuando el «ancien régime» todavía imperaba en ambos países, el viejo cuatrimotor en que volábamos de Praga a Varsovia me produjo inquietud y ansiedad, porque lo encontraba... demasiado tintinesco. En general en casa, cuando hablamos de aviones de Tintín, nos referimos a aparatos de hélice, y más bien *vintage*. Ver a este respecto, en 2006, el comienzo de mi prólogo al catálogo (maquetado como un álbum de Tintín) de la exposición del muy tintinesco Julian Opie en el Centro de Arte Contemporáneo de Málaga.

Syldavia, una Syldavia ya moderna y occidentalizada, en guerra fría con Borduria, vuelve a ser la protagonista en los dos álbumes lunares, tan premonitorios de cosas que estaban por venir en el terreno de la exploración espacial.

Cuántos aeropuertos nos han parecido tintinescos. Nunca he tomado el *Vuelo 714 a Sídney*, y he leído poco a Louis Pauwels (parte de su espléndida biblioteca la hemos visto pasar en Vanves) y a Jacques Bergier, fuentes importantes al parecer para Hergé, a la hora de concebir esta aventura, que es la que menos me gusta de

todas, aunque siempre que he jugado a la batalla naval me he acordado de las del millonario Carreidas, en su avión particular.

Si un día subo a un hidroavión, a buen seguro me acordaré de la sensacional escena final de *El cetro de Ottokar*, y de la apoteósica caída al mar de Hernández y Fernández (en francés: Dupond et Dupont), tras el amerizaje del precioso aparato amarillo que los ha devuelto a Occidente.

A propósito de mar, y de barcos: miedo, lo que se dice miedo, de niños lo sentíamos sobre todo leyendo las aventuras anejas a las de Tintín, me refiero naturalmente a las de Jo, Zette y Jocko, y en ellas al científico loco y maléfico, malo malísimo, especialmente sádico con los más pequeños. Científico que con sus máquinas infernales, lograba inmovilizar a los paquebotes.

Escocia me la imagino muy Walter Scott, y también muy *La isla negra*, álbum de una intensa poesía. Pero ¿cuál de las dos islas negras? En efecto, existen dos versiones del álbum, la segunda, actualizada en cuanto a decorados y medios de transporte, de 1965.

No recuerdo haber enviado postales desde San José de Costa Rica, pero con sus calles tiradas a cordel y sus soportales chiriquianos, es lo más parecido que conozco a Las Dopicos, la capital de la república de San Theodoros, que sale en *La oreja rota*, uno de los álbumes que más me gusta, de siempre. Sin embargo, la historia que inspira ese álbum es de una América mucho más meridional, la de la guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay. Y la parte de la selva, nos conduce más bien hacia Amazonia. Y hay quienes han subrayado que el ejército de San Theodoros se parece bastante al mexicano. Álbum sincrético, pues.

Nada costarricense ya Las Dopicos, tal como sale en *Tintín y los Pícaros*, convertida en ciudad modernísima, al menos en su superficie o fachada, capital de un país apoyado por Borduria, mientras la guerrilla del expresidente, el general Alcázar, lo es por una compañía bananera norteamericana. La arquitectura de la nueva Las Do-

picos evoca Brasíla, y su carnaval, en Río. En cuanto a las mansiones de la ciudad, con sus colecciones de arte op y cinético, nos llevarían más bien del lado de Caracas. Álbum sincrético también. Obras de algunos de esos artistas constructivistas, op y cinéticos, promovidos por Denise René, por ejemplo del pionero Herbin, o de Vasarely, figuraron en la colección de Hergé, que pintó él mismo cuadros geométricos, uno de los cuales, de 1963, fue subastado en 2011 por Cristina Fernández, la gobernanta española del dibujante. Al fallecer, Hergé dejó inacabado un álbum sobre el mundo del arte, *Tintín y el arte Alfa*.

Volviendo a *La oreja rota*, me entusiasma su comienzo en un museo, que en 1999 nos inspiró una velada tintinesca en el IVAM: «El IVAM elogia el valor artístico de Tintín y su línea clara», tituló Ferrán Bono su crónica en la edición valenciana de *El País*.

En Tánger, Rabat o Casablanca, sobre todo callejeando por la medina de Marrakech, me siento siempre como dentro de *El cangrejo de las pinzas de oro*, álbum que sin embargo nunca ha sido uno de mis favoritos, pese a que esas viñetas a página completa que en mi infancia me ponían nervioso, ahora artísticamente me parecen maravillosas. También me he acordado a menudo del cangrejo (en este caso, del dibujado en las latas amarillas transportadas por el Karaboudjan, cuyo nombre mágico me volvió, como un talismán, al empezar a escribir un texto sobre el pintor secreto armenio Léon Tutundjian), ante letreros cangrejiles de restaurantes de todo el mundo.

Beirut, donde he estado no hace mucho, me ha fascinado y me ha parecido que bien podría haber sido escenario de alguna aventura de nuestro héroe, pero en el resto de Oriente Medio sólo «he estado», gracias a la imaginación, y a dos de los álbumes más portentosos de Hergé, *Tintín en el país del oro negro*, y *Stock de coque*, en los que a una Palestina real se suma un emirato imaginario, el de Khemed, más la hoy jordana Petra, maravillosamente recreada en el segundo.

Tintín en el país del oro negro, álbum tan en la poética del automóvil, del garaje, del oleoducto, lo leí de niño, en su versión «normal», en que salen árabes, y combatientes sionistas, y soldados británicos. Caigo en la cuenta de que en cambio nunca he pasado por la experiencia de leer la versión «politically correct», creada a instigación de Methuen, el editor inglés de las aventuras, y que es la que ha circulado a partir de 1971, versión en que todo es una historia puramente entre árabes de distintas facciones, y que imagino debe ser un verdadero galimatías.

Siempre en esa zona del mundo, me encanta, dentro de *Los cigarros del faraón*, la transición entre Egipto y la India, es decir, el paso, vía el Océano Índico y sus navegaciones a lo Henry de Monfreid, del desierto y de las laberínticas ciudades árabes, al mundo a lo Kipling de la jungla y de los palacios de los Marajás. Mundo al que Hergé volvería en la zona inicial de *Tintín en el Tibet*, y sobre todo en un álbum que es una pura maravilla, *El valle de las cobras*, para mi gusto la mejor de las aventuras de Jo, Zette y Jocko.

Egipto siguen siendo para mí, aparte de recuerdos de estudios, de Lawrence Durrell y de Kavafis, *Los cigarros del faraón* y una pronto superada vocación infantil por la arqueología, alimentada por la lectura de *Dioses, tumbas y sabios*, de Ceram. Más, en clave para-tintinesca, el formidable anejo de los dos álbumes egipcios de Blake y Mortimer, la genial creación de Jacobs.

También es en esa zona del mundo donde vive Oliveira da Figueira, el comerciante portugués errante, uno de los más inolvidables personajes secundarios del ciclo. De las manías de Müller, uno de los malos hergeianos más malos y más persistentes (y más inteligentes), cliente del lusitano en Djedah, me identifiqué siempre con una de ellas, su gusto por los dossiers hechos a base de recortes de prensa, gusto muy fomentado en el Colegio Estudio.

No he estado nunca en China, pero me da pena que cuando vaya, si es que voy algún día, Shanghái, y especialmente su Bund,

se parecerán todavía menos que ahora al Shangháí que sale en esa obra maestra que es *El loto azul*, la continuación de *Los cigarros del faraón*, que termina precisamente con el anuncio de que Tintín, tras los pasos de los traficantes de droga, se va a China, donde va a ser testigo también de la crueldad de la ocupación japonesa. Las aventuras de Tintín no han encontrado continuidad, más allá de la desaparición de Hergé. En cambio Blake y Mortimer a lo tarde están siendo objeto de un exitoso *revival*, con guionistas y dibujantes de una generación que se reconoce en la línea clara de Hergé y Jacobs. *Revival* que nos está proporcionando frutos sabrosos. Especialmente buena la última aventura, *El valle de los inmortales*, de la que por el momento sólo se ha publicado el primer álbum, aparecido el año pasado, y que nos conduce a una Hong-Kong ante la cual nos acordamos inevitablemente del por lo demás obviamente insuperable *Loto azul*.

En mi infancia soñaba en el Tíbet, leyendo al padre Huc, a Alexandra David-Neel y sobre todo a Heinrich Harrer. Nuestro hijo mayor Miguel ha subido a más siete mil metros en el Himalaya. Me consta que tanto allá como en Katmandú se acordaba mucho, entre estupas y sherpas, de *Tintín en el Tíbet*, álbum dominado por el blanco, y que comienza por cierto cerca de otras cumbres, las de los Alpes. Maravilla absoluta, en ese álbum, la viñeta del estornudo de Tintín, en el hotel de Vargèse, la estación de montaña de la Haute-Savoie, en que se aloja. Maravilla también la evocación de la Suiza lemanesca (a Hergé le gustaba muchísimo Suiza), en la zona de transición de otra obra maestra, *El asunto Tornasol*. Vargèse sale de nuevo en el inicio de *El valle de las cobras*.

A propósito del Tíbet: me acuerdo de una cena muy tintinesca, en la Valencia de 1999, con la delegación de Bután que había venido a inaugurar una exposición en el Almudí. Cena cuyo centro eran varios lamas, y una historiadora francesa, Françoise Pommaret, que era entonces algo así como la historiadora oficial del país.

También ha estado nuestro escalador por Noruega, y en concreto por las islas Lofoten, y me imagino que, en algún momento de ese periplo, se acordaría de los pequeños puertos en que hacen escala los protagonistas de esa aventura desasosegante que es *La isla misteriosa*.

El recuerdo del lado déco del Bund de Shanghái me lleva al soso déco de Bruselas, la ciudad de residencia de Tintín, tan maravillosamente evocada en algún comienzo de aventura, por ejemplo en *El cetro de Ottokar*.

A propósito de Bruselas, *El secreto del Unicornio*, álbum todo él muy de cosas viejas, de anticuarios y de coleccionistas, empieza en su rastro o mercados de las pulgas de la Place du Jeu de Balle. Tanto en ese álbum como en su continuación, *El tesoro de Rakham el rojo*, todo es muy caribeño y stevensoniano, un universo literario al que uno se ha acercado sólo lateralmente, vía Costa Rica, Venezuela, y Puerto Rico.

Siempre a propósito de la capital belga: al dúo Quick y Flupke (aquí: Quique y Flupi), y sus doces álbumes, llenos del sabor difícil de traducir de su argot, está claro que tiene que asomarse quien quiera profundizar en la relación Hergé-Bruselas.

Moulinsart, y sus fuentes francesas no es tema que a uno lo apasione, aunque *Las joyas de la Castafiore*, que cuando salió me pareció soso, por poco trepidante (creo que esta una sensación generacional bastante generalizada, quiero decir, una sensación compartida con otros lectores niños como lo era uno entonces), hoy es uno de mis álbumes favoritos, por la maestría con que Hergé controla una historia tan de enredo, y tan de interiores.

Pocas veces miramos los Estados Unidos con ojos Hergé, tal vez porque en *Tintín en América*, álbum encuadrado en la época de los libros viajeros de una serie de escritores franceses de variado pelaje (Georges Duhamel, Luc Durtain, Jean Giraudoux, André Maurois y Paul Morand, entre otros), hay mucha ingenuidad todavía, y tal

vez también porque para el europeo los Estados Unidos suelen ser poco de *trainscape*, término del fotógrafo Walker Evans a la hora de utilizar sus instantáneas ferroviarias. En cuanto a la primera aventura, la del país de los soviets, fue integrada a la serie ya póstumamente, como reliquia. Por lo demás, la única vez que estuve en Moscú, apenas entrevisto (los rascacielos de Stalin, el metro, y sobre todo el Museo Pushkin), no lo encontré demasiado tintinesco.

¿Qué decir de la idea peregrina de prohibir, tantas décadas después, *Tintín en el Congo*? A falta de poder contrastar el álbum con una vivencia propia de la que carezco, la alta poesía de la sábana africana se queda pues para uno en eso, en poesía de los anchos espacios, y en épica del viaje ajeno (últimamente, también de Ángel Mateo Charris, el más tintinesco de nuestros pintores) por el continente negro.

Hablando de trenes, a bordo del que une Cuzco con Machu Picchu a un tintinófilo le resulta imposible no acordarse de su héroe, y no sentir... cierta inquietud. Inquietud también, ante los posibles escupitajos de las llamas, esta inducida por el recuerdo de la relación del capitán Haddock con las mismas. Me hizo mucha gracia que ediciones del maravilloso álbum *El templo del sol* en distintos idiomas se vendieran en más de una de las por lo demás po-brísimas librerías cuzqueñas.

Las siete bolas de cristal, la aventura previa a *El templo del sol*, es fantástica por el suspense de la maldición que pesa sobre los arqueólogos. Pero para mí es sobre todo la aventura de aquel rayo que entra por la chimenea de la mansión del profesor Bergamotte, en una de las mejores secuencias. Rayo del que me acordaba siempre, durante las tormentas veraniegas, en nuestra casa familiar en el campo lucense.

No hay Italia tintinesca (el álbum inacabado sobre el Arte Alfa incluía una escena en Ischia), aunque sí una italiana inolvidable, la Castafiore, y algunos fotoperiodistas de ese mismo origen (por

ejemplo Walter Rizotto, un Willy Rizzo apenas enmascarado) que revolotean alrededor de ella, en *Las joyas de la Castafiore*.

Visitando, el año pasado, en compañía de Alfonso Lucini, el estupendo museo Tintín de Louvain-la-Nouvelle, me llamó la atención que en una vitrina estuviera *Chine* (París, Flammarion, 1928), de Vicente Blasco Ibáñez. La cartela explicaba que el ejemplar fue propiedad del dibujante, y que *Chine* fue una de sus fuentes a la hora de acometer *El loto azul*.

Aquella mañana, en la conversación a pie de sala con la directora del museo y uno de los responsables del equipo de Moulin-sart, había surgido el tema Hergé-Mompó, es decir, el hecho de que el dibujante coleccionó cuadros del pintor valenciano, y que este último recibió de aquél, como regalo, un dibujo a lápiz, preparatorio de *Vuelo 714 a Sídney*, y de cómo en 2015 esta circunstancia nos había llevado a incluir, en la muestra mompoiana en el Cervantes de París, tanto un par de cuadros procedentes de la colección de Hergé, como aquel dibujo. A nuestros interlocutores no les sonaba la historia. De repente, en una de las salas, les señalamos un papel de Mompó, sin cartela. Sin saber su autoría, lo habían sacado del almacén en sustitución de otro de Pierre Alechinsky, prestado para una exposición.

En mi conferencia *Tintín en España o la aventura que no fue*, pronunciada por la tarde de aquel día en el Cervantes bruselense, indiqué, entre otras cosas, que no existe España tintinesca más allá de *Tintín y las naranjas azules* (1964), película que tiene hoy el sabor de lo *vintage*, y rodada principalmente en la valenciana Játiva (la del *carrer blanc* raimoniano), en la que sale mucha gente de la localidad, y algún que otro actor español, como José Sazatornil. En su libro *Tintín-Hergé*, Fernando Castillo alude a una viñeta tinerfeña, con Teide al fondo, del primitivo *Tintín en el Congo*, viñeta suprimida en la versión definitiva, de 1946. Ahí se acaba España, repito, en los álbumes, pero no hay que olvidar la presencia de un

compatriota nuestro entre los miembros de la expedición antártica del Aurora, en *La isla misteriosa*: Porfirio Bolero y Calamares, catedrático de la Universidad de Salamanca, y con un enorme parecido a Unamuno. Recordar además que, durante los años negros, Hergé fue compañero, en la redacción de *Le Soir* ocupado, de nuestro Óscar Esplá, entonces exiliado en Bruselas, y crítico musical del diario, tarea en la cual por cierto Paul de Man le asistió durante un tiempo.

Como exalumno de Alain de Dieuleveult, me gusta saber que el año pasado los geógrafos franceses dedicaron un número de su revista a *Les géographes de Tintin*. Y me gusta estar presente en este dossier que a la genial criatura de Hergé dedica la *Revista de Occidente*, longeva publicación de nombre geográfico (lo mismo que la porteña *Sur*, en cuya génesis también tendría que ver Ortega) que en 2023 cumplirá cien años, seis antes de que los cumpla el propio Tintín.

J. M. B.

